



*Monasterio de San Pedro de Cardena, Burgos.*

## SAN PEDRO DE CARDEÑA.

(CASTILLA.)

### I.

#### NOTICIAS HISTÓRICAS.



A que hojemos el libro de los recuerdos gloriosos, detengámonos un momento en esta nueva página.

Porque es una página de oro la de San Pedro de Cardena.

Salud al viejo monasterio!

A dos leguas de Burgos y á la falda del llamado monte Juveda, rodeado de una vejetacion salvaje, pero robusta y variada, se alza el edificio de San Pedro de Cardena, fábrica cuyo aspecto no la hace remontar á mas allá del siglo pasado y que por lo mismo contrasta con las ideas que escita en todo viajero el recuerdo de su remotísima fundacion.



Muy confusa es esta sin embargo. Mucho se ha escrito y discutido para tratar de fijar la verdadera época en que fué fundado. La tradicion mas generalizada y mas comunmente admitida es la que vamos á referir.

Teodorico rey godo de Italia se enlazó con Doña Sancha y de esta boda nació un hijo al que, como su padre, dieron por nombre Teodorico. Acertó esta familia á venir á España, pero viéndose al poco tiempo Teodorico obligado á regresar á Italia, dejó en Burgos á su muger ó hijo.

Este jóven era un audaz y diligente cazador. Ningun placer le seducia tanto, ningun goce era para él tan completo como la caza. Un dia subió con este objeto á recorrer los llanos de Cardeña, y llegó fatigado y sediento junto á un cristalino manantial que en el seno del bosque brotaba. Apeóse del caballo y sentóse junto á la fuente ansioso de dar un poco de reposo á sus cansados miembros y de gozar la grata frescura del agua, pero no bien hubo probado esta, no bien su frialdad escesiva se hubo estendido como una corriente de hielo por todo su cuerpo, cuando sintióse presa de accidentes mortales y á toda prisa envió á uno de su comitiva en busca de un confesor. Llegado el eclesiástico, tuvo apenas tiempo de disponerle para el duro trance. La muerte le hirió sin que lo pudiesen llevar de allí.

Acudió la reina al sitio, lamentando la muerte de su hijo único al que decidió enterrar en un oratorio ó ermita que existia cercano á la fuente. En seguida, para memoria de aquel acontecimiento, dispuso fundar allí un monasterio para el cual pidió monges á San Benito cuya famosa regla comenzaba á florecer por aquel entonces.

Tal es en efecto la tradicion mas autorizada, pero no faltan escritores, y escritores de peso, que la destruyen con innegables razones. En primer lugar ningun documento fidedigno existe de la muerte de Teodorico, y luego queda por probar que Teodorico y Sancha fueran reyes de Italia y, aun concediendo que lo fueran, si vinieron á España alguna vez. A mas, un escritor afirma que eran los tales reyes de Italia, pero herejes arrianos y por consiguiente no habian de fundar ningun monasterio católico.

Estas y otras razones se oponen á los que aceptan la tradicion apoyándola principalmente en el testimonio de los sepulcros que de tiempo inmemorial existen en la iglesia, pertenecientes, segun sus inscripciones, á Doña Sancha y á su hijo Teodorico.

Sea lo que fuere, resulta en claro de las opiniones emitidas que una Doña Sancha fué la fundadora del monasterio y que este fué el primero de patronato real que los benedictinos poseyeron en España.

Si discordes andan empero los historiadores de Cardeña en la narracion de los acontecimientos que precedieron al siglo IX, todos citan unánimes un hecho que fué escrito con sangre en las piedras de su claustro.

Es el siguiente:

Los moros llevaron á efecto en 872 (1) una correría hasta Leon, pero fueron derrotados por el buen rey Alfonso *el Casto*, viéndose obligados á replegar sus fuerzas y á partir en desastrosa retirada. Una de las huestes, ruiendo de cólera, subió á Zamora desde Salamanca llevándolo todo á sangre y fuego por las orillas del Duero y Arlanzon.

Doscientos monges residian entonces en San Pedro de Cardeña dirigidos por el abad San Esteban, quien, teniendo noticia de la cercanía de los agarenos y de las barbaries que sin freno cometian, exortó á sus religiosos para que, en caso de acercarse los infieles, les recibieran impávidos, resignados á morir como buenos sacerdotes, como verdaderos mártires.

Ciega de cólera, sedienta de venganza, ávida de riquezas, llegó la turba enemiga al monasterio y comenzaron los inhumanos soldados á teñir sus alfanjes con la sangre de aquellas víctimas, rasgando inhumanamente sus carnes y taraceando sus entrañas con una lluvia de saetas. Todos doscientos perecieron, mártires de su deber. Pasaron en seguida los bárbaros á registrar el erario, pero chasqueados por no hallar ningun tesoro, prendieron fuego al monasterio y pasaron adelante.

Circuló esta nueva por los lugares inmediatos y acudiendo á cerciorarse muchos fieles, abrieron una zanja en que sepultaron los cadáveres que yacian esparramados por el suelo. Tuvieron asimismo la advertencia, — segun dice Don Rafael Monje que ha visitado este monasterio y que ha escrito sobre él con su acostumbrado tacto y conciencia, — de escribir una corta pero circunstanciada relacion del martirio de los monjes, la cual se ve actualmente trazada en la puerta de su capilla y dice de este modo:

ÆRA D. CCC.LXXII. III F. VIII IDUS.  
ET ADLISA EST CARADIGNA, ET INTERFECTI SUNT  
IBI PER REGEM ZEPHAN CC. MONACHI DE  
GREGE DOMINI IN DIE SS. MARTIRUM  
JUSTI ET PASTORIS.

(1) Otros dicen que en 834.



Otro escritor afirma asimismo que perpetuó también la memoria de este hecho cierta inscripción que había en el claustro donde la tradición dice que fueron enterrados, — y que sin duda por esto se llamará *claustro de los mártires*, — la que con caracteres algo borrados por algunas partes se leía en una gran piedra que existía en el mismo:

*Venid todos al juicio. En esta parte del claustro están doscientos monges que murieron por la fé de nuestro redentor Jesucristo y fueron degollados feria quarta..... salus..... A..... e.. in soldados de Cristo siempre vive...., si monjes, vuestros huesos reverdecen como la yerba (1).*

Desde esta época empiezan á testificar las escrituras de Cardaña los privilegios y mercedes con que la han favorecido nuestros soberanos, mercedes y privilegios que aumentaron extraordinariamente desde el momento en que San Pedro de Cardaña abrió un día sus puertas á una lujosa pero fúnebre comitiva, y admitió en su seno la tumba y las cenizas de un hombre grande entre los grandes, héroe entre los héroes.

Fué esta tumba la del Cid.

Acaso no me perdonarian los lectores que olvidara aquí la caballerisca historia de Don Rodrigo Diaz de Vivar, mayormente cuando tan íntima relación guarda con el monasterio que nos ocupa.

Es la perla de nuestras baladas.

Oidla pues. Qué importa que ya lo sepais? Qué importa que otros escritores, mas galanamente de lo que hacerlo pueda mi pluma, os lo hayan ya contado? la balada del Cid será siempre oída con gusto mientras exista un corazón español y leída con placer sea cualquiera la forma con que se la vista.

(1) Lo que lleva puntos suspensivos está borrado. Como se conocerá por su lenguaje misto, esta inscripción es muy posterior.

## II.

### SIN MIEDO Y SIN TACHA.

Qué es esto? qué tiene? porque está triste Diego Laynez? Su casa es fidalga y rica, mas antigua que la de Iñigo Abarca, su solar es espejo de nobles caballeros y su edad avanzada, su blanca cabellera y su nevada barba le hacen centro de los respetos y de las atenciones. Y sin embargo,

no puede dormir de noche,  
ni gustar de las viandas,  
ni alzar del suelo los ojos,  
ni osa salir de la sala,  
ni fabla con sus amigos;  
antes les niega la fabla,  
temiendo que les ofenda  
el aliento de su infamia.

Un caballero de la corte, hidalgo, altivo y orgulloso, el que todos llaman el conde Lozano, se ha atrevido á hacerle una de esas injurias que solo se lavan con sangre. Sin respeto á su ancianidad, — maldiga Dios al que afrenta á un anciano! — ha puesto la mano sobre su rostro venerable y con su mano ha caído el deshonor sobre la frente de Diego Laynez.

El buen viejo sufre viéndose sin fuerzas para tomar venganza. Así es que un día envía á buscar á sus tres hijos, y sin abrir los labios les estrecha á cada uno las manos, pero no se las aprieta ni con cariño ni con dulzura, sino con rábia y con corage. Por esto es que los dos primeros le dicen:

— Por Dios, padre, que nos sueltes estas manos, que segun lo que aprietas, intentas destrozarlas.